



XXVII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO*

**“El que no reciba el Reino de Dios como niño,
no entrará en él”**

Luis Fernando Crespo

No dejen de leer los Textos Bíblicos antes del comentario

Lecturas: Génesis 2,18-24; Hebreos 2,9-11; Marcos 10,2-16

La lectura del evangelio de Marcos presenta a Jesús dirigiéndose “a la región de Judea, y al otro lado del Jordán” (10,1), en camino que concluirá en Jerusalén, lugar de la confrontación final. “Vino la gente hacia él y, como acostumbraba, les enseñaba”. Después del anuncio de la pasión y resurrección (8,31 y 9,30-31), va precisando algunas exigencias requeridas para el seguimiento. En ese contexto –indica Marcos– “se le acercaron unos fariseos que, para ponerle a prueba, preguntaban”. La situación la veremos repetirse en otros encuentros con diversos grupos religiosos durante su presencia en la capital: sobre la licitud de pagar los tributos a Roma, la resurrección de los muertos, el mandamiento más importante. Sus respuestas no se quedan atrapadas en lo que las preguntas tienen de capciosas, más bien las enfoca yendo a la cuestión de fondo que está en juego. De esta manera nos orienta hacia una responsabilidad moral adulta, basada en la conciencia bien formada y en la responsabilidad personal, superando la casuística que trata de convertir interesadamente una situación concreta en norma general de comportamiento.

La pregunta que le plantean: “¿puede el marido repudiar a la mujer?” se refería a una cuestión debatida por los escribas y maestros de la Ley. Notemos que en el evangelio de Mateo, más conocedor del mundo judío, la pregunta se completa añadiendo: “por un motivo cualquiera” (Mt.19,3). Sobre la legitimidad y gravedad de los motivos que legitimarían el repudio de la mujer se centraba propiamente la discusión de los escribas. Jesús reconoce la prescripción de Moisés que lo permitía. Pero les replica, encarándoles: “Por la dureza de su corazón”. Y les remite ya no a Moisés, sino al proyecto original de Dios. La valiente respuesta de Jesús propone un principio ético muy importante: No toda norma, aun estando en la Biblia, resulta ser necesariamente justa.

* Ciclo A

La dureza del corazón de los varones, que se sentían dominadores y dueños de la vida de las mujeres, había provocado una legislación, definida por los mismos varones y justificadora de su mentalidad y comportamientos prepotentes, machistas.

En su respuesta Jesús remite al proyecto creador de Dios: “Él los hizo varón y hembra. Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y los dos se harán una sola carne” (Gen. 1,27; 2,24). El texto establece la igual dignidad del varón y de la mujer, como creaturas e hijos de Dios. No hay justificación alguna para sostener la inferioridad de la mujer respecto del varón, como era el supuesto comúnmente aceptado en la sociedad judía del siglo I (y todavía en una buena parte de la nuestra). La unión del varón y la mujer es entendida de tal manera que puede ser comparada y superar la relación amorosa que vincula a una persona con su padre y su madre: “por eso dejará el hombre a su padre y a su madre”. La unión de los esposos sólo puede fundamentarse en el amor mutuo y en la elección libre de ambos, no en el interés o la conveniencia pactada entre el padre de la mujer y el pretendiente, como ocurría frecuentemente en ese tiempo. Ese es el fundamento teológico y antropológico de la respuesta de Jesús. En consecuencia, vocación y tarea del varón y de la mujer en su unión –“se harán una sola carne”- será cuidar y proteger el amor entre ellos, para que “lo que Dios ha unido no lo separe el hombre”.

La realidad y los procesos en cada relación pueden resultar complejos y requerirán, sin duda, normas que protejan la dignidad y los derechos de cada uno, la de la mujer y la del varón. Por eso, Jesús considerará en su respuesta -para sorpresa de los que le preguntaron y de los discípulos- la posibilidad de que también pueda ser la mujer la que repudie al esposo. Será igualmente responsable de las razones y de las consecuencias de su decisión. Pero, -y a eso creo que va la respuesta de Jesús- las situaciones problemáticas concretas no deben hacernos renunciar al sentido y al horizonte de la relación amorosa entre la mujer y el varón. Más bien, la consideración de ese horizonte puede ayudar en el proceso de madurez de la dimensión afectiva y sexuada de las personas hacia una relación plena y duradera.

En la enseñanza a los discípulos durante el camino hacia Jerusalén, Jesús va precisando diversos aspectos del seguimiento. En esta ocasión, a partir de la pregunta insidiosa de los fariseos, tuvo la oportunidad de referirse a esta dimensión tan humana del amor y de la sexualidad en la vida de las personas y las relaciones entre ellas. No fue, ciertamente, su principal punto de atención al hablar sobre el seguimiento, pero tampoco lo elude. Sin duda los tiempos han cambiado en la experiencia y en la reflexión sobre el tema. Pero no podemos dejar de lado, como cristianos, una mirada desde la palabra de Jesús sobre algo que afecta tan decisivamente la felicidad y el sufrimiento, que podemos proporcionarnos como personas en nuestras relaciones personales afectivas.

La lectura del evangelio se completa con una reacción de Jesús corrigiendo la de los discípulos. Quizá con la buena intención de proteger la tranquilidad de Jesús, impedían que unos niños se le acercaran. Los niños y niñas –pensaban los discípulos, como la mayoría de la población- incomodan, no van a entender, su presencia no es

importante. Jesús, el amigo y acogedor de los pobres, pecadores, insignificantes, piensa de otra manera: “Dejen que los niños vengan a mí, no se lo impidan”. También ellos, por insignificantes, merecen mi atención y acogida. Pero continúa diciendo: “porque de los que son como éstos es el Reino de Dios”. Eso no se lo esperaban los discípulos, ni nosotros. La importancia o la capacidad para escuchar a Jesús y recibir el Reino de Dios se fundamenta en otros criterios distintos de aquellos con los que medimos la importancia social de las personas. De nuevo resuenan las palabras que le había dicho a Pedro: “tus pensamientos no son los de Dios sino los de los hombres”. ¿Qué querrá decirnos Jesús con lo de “ser como niños”? ¿A qué actitudes nos convoca para ser capaces de acoger el Reino? Quizá, en la perspectiva de otras palabras suyas, a esa sencillez propia de la “infancia espiritual” de quien no se considera el centro, sino que vive abierto, que nos impulsa al servicio solidario y liberador de los más débiles.

En este domingo se da inicio a la lectura del escrito comúnmente llamado “Carta a los Hebreos”. No tiene el estilo de una carta, ni resulta fácil identificar al autor y a los destinatarios. Parece reunir exhortaciones dirigidas a animar a comunidades cristianas, que añoraban el esplendor del culto en el judaísmo y se sentían desalentadas. Escribe, dice, “para que no nos extraviemos” (2,1). Quizá por eso un tema importante que desarrollará es el del “sumo sacerdocio de Jesús”. El escrito comienza resaltando la suprema dignidad de Jesús, presentado como “el Hijo” (1,2), a quien “vemos coronado de gloria y honor por haber padecido la muerte... para el bien de todos”. El Hijo -Jesús- es uno de nosotros: “santificados y santificador tienen todos el mismo origen. Por eso no se avergüenza de llamarlos hermanos”. La exhortación alienta a no desanimarse ante las dificultades que se presentan en cada tiempo y a mantenerse firmes en la fe en Jesucristo. Dice más adelante: “Pero nosotros no somos cobardes para perdición, sino hombres de fe para la salvación del alma” (10,39). Desde los desafíos propios de nuestro tiempo para vivir con coherencia la fe en Jesús, será conveniente seguir leyendo con atención los textos de esta “Carta a los hebreos” que se nos ofrecerán en los próximos domingos.